

¿De qué sufren los sistemas partidarios latinoamericanos en la actualidad?

Víctor Alarcón Olguín**
Universidad Autónoma Metropolitana en la Ciudad de México
✉ alar@xanum.uam.mx

Resumen:

El texto esboza algunas de las causas generales que han motivado la falta de institucionalización democrática de los sistemas partidarios en América Latina, además de poner atención a la problemática que confronta a los ciudadanos con las organizaciones políticas, lo cual acerca a la realidad continental a un escenario de política y Estados "fallidos".

Palabras Clave: América Latina, sistemas partidarios, institucionalización democrática, estilos de política, ciudadanía.

Abstract:

The text outlines some of the general causes that have motivated the lack of democratic institutionalization of the parties systems in Latin America, besides placing attention to the problems that confronts the citizens with the political organizations, which is close to the continental reality of "failed" politics and States.

Key words: Latin America, parties systems, democratic institutionalization, political styles, citizenship.

Texto presentado en el Seminario "Ciudadanos vs. Partidos en América Latina: tensiones, amenazas y dilemas de la democracia representativa", organizado por el Proyecto OIR, en el Instituto de Iberoamérica, el 27 de Febrero de 2009.

** Politólogo mexicano. Actualmente es profesor-investigador titular adscrito al Departamento de Sociología en la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana en la Ciudad de México.

Las reflexiones que se presentan a continuación, intentan mostrar un primer catálogo sobre las problemáticas comunes experimentadas por los sistemas de partidos latinoamericanos durante la primera década del presente siglo. Por sistemas de partido tenemos que considerar a los mecanismos institucionales y prácticas sociales que permiten la interacción competitiva de opciones organizadas en pos de la adquisición del poder político¹. Dicha competencia se celebra dentro de intervalos temporales previamente pactados, a la vez que se establecen las modalidades de votación que permiten reconocer a los ganadores y perdedores en dichos procesos, mediante la combinación de criterios racionales e incentivos contextuales por parte de los propios ciudadanos².

En sentido estricto, esta primera acepción define lo que de manera clásica puede conocerse como la dimensión externa-electoral de los sistemas de partido. Esto es, que los partidos políticos se reconocen y sólo interactúan con la simple finalidad de que los votos a ser obtenidos por parte de la ciudadanía sirvan expresamente para acceder a puestos de gobierno u escaños legislativos. Sin embargo, los sistemas de partidos han venido a ser comprendidos desde el ámbito de los especialistas bajo una nueva dirección analítica, misma que pone énfasis en las articulaciones sociales que los constituyen o más recientemente, los ponen dentro de un claro clima de competencia centrifuga y / o confrontación polarizante. Esto es, dentro de escenarios en donde no existe estabilidad, los partidos no se desenvuelven mediante propuestas sino empleando campañas negativas, pensando que los electores elegirán mediante el contraste mediático que exhibe la corrupción y los malos desempeños de los adversarios.

Sin embargo, ello no se ajusta plenamente con lo que pasa en situaciones prevalecientes como las que ocurren dentro de los países latinoamericanos, cuya institucionalización no es completa, debido sobre todo por la permanencia de prácticas sociales como el clientelismo, el caciquismo y el corporativismo, en donde la coacción y la coerción, aunado a la desviación de los recursos públicos, se ubican como los principales inductores del voto, explotando así las carencias elementales de la población, a efecto de forzar resultados contrarios a la propia voluntad colectiva.

Lo anterior obliga a visualizar y retomar a los partidos desde una dimensión interna-organizativa. Estos esfuerzos han sido significativos en torno al estudio de la democracia interna de los partidos y lo que se define como la “matriz partidaria”³. En esta agenda de investigación, temas como los métodos de selección para determinar las candidaturas, el estudio de la distribución interna del poder (ubicando el peso de las corrientes, facciones o grupos, así como la presencia de equilibrios, cuotas y coaliciones en la determinación de la gobernación interna de las propias organizaciones partidarias), han arrojado luces interesantes para entender la composición, alcances y la capacidad de respuesta que poseen los liderazgos para afrontar las diversas fases en que se encuentra un partido político, y cómo éste puede entonces distinguirse y ser más atractivo respecto a las demás organizaciones con las cuales debe competir.

Los partidos políticos son regularmente criticados a partir de la pérdida de su capacidad representativa. Son estructuras sociales constitucionalmente legales, pero cada vez menos participativas y legítimas para muchos. Las disposiciones normativas que formalmente acotan su desempeño -curiosamente pactadas por ellos mismos- han tratado de ir respondiendo a cierto tipo de exigencias en torno a mejorar los espacios democráticos internos. Pero los retos acerca de cómo cumplir con los viejos espacios corporativos y con las nuevas demandas de representación por parte de jóvenes, mujeres, indígenas y otros grupos de interés

¹ Ver Nohlen (2008: 91).

² Ver Evans (2007). Sobre todo, capítulos 3 y 4.

³ Ver el texto de Monroe (2001).

revelan el nivel de anquilosamiento de los partidos, ya que dejan de ser partidos transversales para convertirse en partidos segmentados y con metas muy específicas.

De esta manera, podemos ver experiencias importantes que tratan de lidiar con demandas como la mayor presencia de “minorías selectas” dentro de las instituciones de gobierno y legislativas. Sin embargo, resulta claro que el avance de dichas propuestas es fragmentario y con muchos vacíos operativos que permiten “interpretar” e incumplir de manera flagrante dichas disposiciones. En suma, la crisis de representatividad que poseen los sistemas de partido latinoamericanos se debe a una causa muy simple: no hay un cambio en las estructuras sociales y económicas fundamentales. El pasado autoritario sigue siendo un factor de arrastre que inhibe en forma significativa la posibilidad de construir una base de consensos capaz de superar a las pugnas históricas basadas en los argumentos liberales o conservadores, de colores, etnias o zonas geográficas distintas.

Esto es, prevalecen las mismas divisiones de exclusión que caracterizan a nuestras sociedades desde antes de la irrupción de las dictaduras militares que suprimieron a los partidos. Posterior al regreso de la democracia, la recomposición de los sistemas de partido (si bien muchos han variado de nombre) en el fondo han mostrado la permanencia y continuidad de los grupos de interés y alianzas históricas que han dominado a la política de cada uno de dichos países. Es claro que los partidos políticos latinoamericanos son poco permeables a la igualdad de oportunidades si se les compara con la situación existente en otras latitudes⁴.

En los casos que no ha sido así, la descomposición de los sistemas de partido han conducido a esquemas de competencia debilitados, pero los cuales se mantienen gracias a la propia inercia histórica de participación desarrollada desde el siglo pasado. Igualmente, podemos ver que con la ruptura de ciertos niveles del establecimiento partidario anterior se ha dado la situación de ir hacia esquemas multipartidarios aunque caracterizados por una gran atomización e inconsistencia ideológica, lo cual deja a los electores en condiciones precarias y sólo atendidos a la influencia de las personalidades o los políticos. En este sentido, la pluralidad partidaria naciente no va asociada con equilibrios de poderes legislativos o judiciales que hayan sustituido con eficacia a los modelos presidencialistas y a los bipartidismos del siglo pasado.

Lo peor que ha surgido en esta situación, es la presencia del caudillismo en sus versiones neoliberal derechista y neopopulista de izquierda, en donde los partidos se vuelven “enemigos directos” de la sociedad, con lo que nos asomamos a una descalificación extrema de los mecanismos democráticos, o su reducción a una supuesta expresión plebiscitaria que apoya al nuevo liderazgo y evita la presencia de contrapesos y la rendición de cuentas ante la propia sociedad.

Justo por su cercanía con dinámicas cada vez más impositivas y controladas, impulsadas incluso por la propia población debido al propio fastidio y la falta de efectividad de los políticos tradicionales, varios países latinoamericanos han llegado nuevamente al extremo de condicionar (si bien todavía no suprimir) los procesos electivos para legitimar a sus gobiernos. No se atreven a hacerlo dado el alto costo que ello podría implicar en términos de provocar mayor polarización social, así como las consecuencias del descrédito internacional que podría derivar de dichas acciones⁵.

Junto a la idea de que construir nuevos sistemas de partidos se dificulta precisamente porque se mantienen los atavismos del pasado, y porque cuando éstos se rompen dan paso a condiciones de alta inestabilidad que tardan periodos prolongados de tiempo para tener un epicentro aceptable para los propios políticos y los electores, cabe sumar dos factores adicionales que sin duda reflejan las condiciones de sumisión y

⁴ Por ejemplo ver el interesante estudio de Fernández Vivas (2008).

⁵ Ver al respecto el texto de Francisco Panizza, en Alcántara y García (coords.) (2008: 19-40.)

dependencia que las organizaciones partidarias poseen frente a los poderes fácticos que controlan los espacios públicos.

Por un lado, cabe ubicar el peso de los medios de comunicación y asimismo, no se puede dejar al margen la influencia perniciosa que están desplegando las instancias del crimen organizado en muchos de nuestros países, en notorio contraste con los viejos actores de interés y presión para los partidos, como antes lo eran expresamente las iglesias, los sindicatos o las organizaciones civiles y de profesionales, que estaban más asociadas con el esquema tradicional de representación corporativa y populista que distinguió por largo tiempo a los modelos autoritarios y bipartidistas del continente.

La presencia de estos nuevos factores de influencia resulta significativa en sus impactos, ya que han propiciado el ingreso de la violencia verbal y el negativismo como parte de los contenidos centrales de las campañas. Han distorsionado la imagen y compromiso público de los partidos, en tanto que pasan de ser formadores ideológicos a meros actores pragmáticos sujetos al mejor postor que pueda pagar por la candidatura y la campaña, cuyos costos se han elevado de manera exorbitante pero sin dejar alguna enseñanza positiva en términos de la cultura política y la aceptación de la democracia, especialmente para las generaciones jóvenes presionadas por la pobreza y la corrupción.

En consecuencia, los sistemas de partidos en América Latina adolecen de inconsistencias que no pueden ser soslayadas, pese a que el conjunto de reformas que se han desarrollado en los marcos jurídicos no ha sido para nada menor, ya que los partidos y los procesos electorales siguen siendo una fuente apreciable para lograr una base de cohesión y viabilidad para nuestras instituciones políticas⁶.

Temas actuales como los “Estados fallidos”, la promoción de una calidad y eficacia en el ejercicio de las funciones públicas democráticas; o bien acercarnos a la posibilidad de generar índices de cumplimiento respecto a las tareas formalmente asignadas a las instancias que nos representan, hacen pensar que los partidos políticos justamente poseen un nivel de responsabilidad sustancial en la consecución de tales cometidos.

Sin partidos políticos responsables y responsivos, socialmente arraigados y con capacidades de identidad nítida frente a sus militantes y la ciudadanía en general, la tarea por recuperar su credibilidad y su lugar en el marco de las prácticas políticas democráticas implica un serio llamado de advertencia que no puede seguir siendo desoído.

Es por ello que la investigación comparada no sólo debe ir más allá de la efeméride histórica, sino que debe colocarse en el estudio intenso y propositivo en donde las respuestas puedan ser cada vez más comunes y con mayor influencia dentro de nuestras sociedades. Los partidos políticos pueden ser todavía esa vía que permita a nuestros Estados y sociedades a no fallar y permanecer.

En lo personal, considero que no podemos siquiera plantearnos la idea de seguir considerando a los ciudadanos confrontados a los partidos. Es el momento de reconectarlos a ambos y defender la idea de que los partidos deben recuperar su misión de ser medios expresivos de la democracia representativa desde y para los ciudadanos.

⁶ Ver por ejemplo el esfuerzo de análisis hecho por Zovatto y Orozco (2008).

I. Bibliografía

- EVANS, Jocelyn. 2007. *Voters & Voting. An Introduction*. London: Sage Publications.
- FERNÁNDEZ VIVAS, Yolanda. 2008. "Igualdad y partidos políticos. Análisis constitucional y comparado de la igualdad de oportunidades de los partidos políticos,." Madrid: Congreso de los Diputados.
- MONROE, J.P. 2001. *The Political Party Matrix. The Persistence of Organization*. Albany: SUNY Press.
- NOHLEN, Dieter. 2008. *Sistemas electorales en su contexto*. México: IJ-UNAM.
- PANIZZA, Francisco. 2008. "La marea roja". En ALCÁNTARA, Manuel y GARCÍA DÍEZ, Fátima (coords.). *Elecciones y política en América Latina*. México: IEEM, SOMEE, Miguel Ángel Porrúa.
- ZOVATTO, Daniel y OROZCO HENRÍQUEZ, J. Jesús (coords.). 2008. *Reforma política y electoral en América Latina, 1978-2007*. México: IJ-UNAM/IDEA.